


vino á México después de diez años de ausencia, apareciendo de la noche á la mañana en los altos círculos á donde ingresó por medio de las relaciones de D. Francisco, quien en su carácter de antiguo y rico labrador cultivaba relaciones con esa parte de la sociedad mexicana que representaba la aristocracia del capital.

No tardó Chucho en verse rodeado de los jóvenes más elegantes y en contraer amistad con las principales familias: se exhibió en Bucareli en el coche de D. Francisco y algunas veces montando magníficos caballos.



CAPÍTULO VI.

En el que, anudando el hilo de la historia, volvemos á encontrar á nuestros personajes.

No pasaba día por Perez: Los diez años transcurridos habían probado la excelencia de las razas primitivas, pues como sabe el lector, Perez era trigueño, y su negra cabellera era de esas que saben resistir el hielo de los años.

Perez nunca olvidó á Elena; su amor resistió á la prueba del tiempo, de la ausencia y de la distancia, y siempre estuvo al tanto de la vida de Elena; de manera que Perez fué el primero que

en México supo el regreso de ella y el único que se adelantó á recibirla en la garita.

Perez, que había conservado la imagen de Elena mórbida y graciosa y mostrando sus piesecitos azules en las boleras, estuvo á punto de desmayarse al encontrarse frente á la vieja mamá de los niños Aguados.

Jamás el estrago del tiempo fué tan manifiesto, y Perez no daba crédito á sus propios ojos; pero aquella señora mayor era Elena á pesar de todo: y apenas había cosa más natural, pues esa ilusión de Perez frisaba en los cuarenta y ocho.

Elena confesó á Perez llorando, que alucinada con el coronel lo había preferido; pero que esta preferencia la había hecho probar todos los sinsabores imaginables.

—Muy poco tiempo me bastó para

conocer que el coronel Aguado es un monstruo.

—Lo creo, dijo Perez: en cambio ha necesitado usted diez años para saber que Perez ha sido y era su buen amigo, y que hubiera llegado á ser...

Perez no se atrevió á pronunciar la palabra.

Elena le pagó aún con un guiño, que los pies de gallo de sus ojos y la falta de dos dientes se encargaron de hacer grotesco.

Perez esperaba á Elena solo para no dejar sin sepultura sus ilusiones.

En la casa de D. Pedro María las cosas habían cambiado tambien. Angelita se había casado con Gonzalez y Pablito era periodista.

El casamiento de Angelita difirió esencialmente del de Mercedes; y la razón eficiente para que este enlace hubiera sido del agrado de la familia, fué esta:

Gonzalez se confesaba con el padre Espinosa. !

De manera que Angelita tuvo el gusto de casarse con toda la solemnidad que el caso requería, pues hubo baile en la casa de D. Pedro María la noche de la toma del dicho, baile en la ceremonia, y día de campo el día de la velación.

Merced tenía una niña único fruto de su matrimonio.

Más adelante impondremos al lector de lo que acaeció en todo el tiempo transcurrido.

A los dos meses de haber venido Chucho á México llegó Elena, y por conducto de Perez, madre é hijo se vieron después de tan larga ausencia.

La pasión del lujo y las comodidades tienen el funesto poder de marchitar los sentimientos y de secar el corazón.

A Chucho le faltaba este otro toque: ser mal hijo.

Efectivamente, recibió con frialdad á su madre é hizo veinte gestos porque la encontró en mal predicamento; le parecieron muy feos sus medios hermanos, y apresuró el término de su primera visita.

Chucho procuró olvidar la prosa de su infancia desde que empezó á hacer el papel de potentado, y despreciaba todo lo que no estuviera en armonía con su refinamiento y sus pretensiones de gran señor.

Chucho llegó á tener un solo culto: su persona. Un solo deseo: parecer bien.

El esmero que empleaba en su persona absorbía la mayor parte de su tiempo, y se exhibía en el resto que le quedaba libre, seguro de aumentar el número de sus conquistas.

La vida sibarítica de Chucho en la época en que el desarrollo físico acababa por tomar su rasgo fisionómico, imprimió en su semblante un gesto que revelaba tanto bienestar como suficiencia.

Chucho tenía siempre los labios entreabiertos, mostrando una parte de los dientes superiores, los que generalmente le ayudaban á su labio superior á pronunciar las bb. Chucho además silbaba las ss, y pronunciaba ligeramente las zz; de manere que su pronunciación era dulce, blanda y se alejaba un poco de la manera con que en México se pronuncia el español.

Este modo de hablar de Chucho era nuevo y resultado de un estudio especial: además hablaba muy despacio.

Chucho repugnaba la acentuación varonil y combatía en su fisonomía la venida de esas líneas que deciden el

aspecto viril. Chucho deseaba aparecer niño, y una mancha en el cutis la hubiera conceptuado como una verdadera desgracia.

El uso del cold-cream había realizado su ensueño de tener una tez virginal había logrado mantener arqueadas las pestañas, calentándoselas con un instrumento de su invención; se pintaba los labios con carmin, y tenía diez preparaciones diversas para conservarse la dentadura.

Había logrado convertir su cabello lacio y opaco en ensortijado y brillante; conocía todas las preparaciones adecuadas al efecto, y empleaba gran número de peines y cepillos en su tocador.

Se hacía servir por un camarista que le ayudaba á desnudarse.

D. Francisco lo quaría mucho; pero á pesar de esto solía reprocharle aquel exceso de afeites y composturas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

—Estéban, decía Chucho una mañana á su camarista, saque usted un pantalón claro y un gaban ligero, porque voy á Petit Versailles.

El camarista trajo tres pantalones claros.

—Muy bien: colóquelos usted sobre las sillas y traiga usted al gaban.

El camarista trajo los gabanes.

—Vea usted Estéban; vaya usted casando gabanes y pantalones para elegir.

En seguida Chucho hizo una seña para que Esteban acercase una silla, y se sentó frente á su ropa. Después de un detenido estudio dijo al camarista sin moverse:

—Mire usted, Estéban: el pantalón color de lila y el gaban azul, ¿Tengo chalecos blancos?

—Sí señor.

—Pues deme usted uno de solapas:

en cuanto á corbatas, es necesario que sea muy ligera y cuyas puntas floten.

—En el campo, pensó Chucho, es gracioso que la estremidad de la corbata se agite con la brisa; de manera que una mascada de gasa de seda á cuadros me caerá muy bien: los guantes bien pueden ser color de yesca; este color sobre el lila del pantalón hace buen efecto.

Estas disposiciones las tomaba Chucho envuelto en una bata de cachemira y calzado con pantuflas de raso verde bordadas con cuentas de vidrio.

A poco rato empezó á asearse: templó el agua del lavamanos, donde virrió algunas gotas de vinagre aromático; usó varias aguas y distintos jabones y se enjugó con una toalla finísima: en seguida se puso cold-cream y después polvo de arroz; se limpió los dientes, hizo buches y se pintó los labios: se de-

dicó á rizar su cabellera, procurando que dos rizos le sombrearan la frente, dejándolos caer simétricamente y como por casualidad; usó del cosmético blanco para asentar ciertas partes del pelo y se puso brillantina en la barba.

Hizo sonar un timbre y el camarista apareció para vestirlo.

Dos horas después de haber empezado aquella serie de operaciones y preparativos, Chucho quedó irreprochable.

Se presentó á la reunión saludó con desden á algunos caballeros, con cariño á algunos pollos y con esquisita afabilidad y detenimiento á las muchachas.

—Cómo está usted Leonor? Pero que pregunta! cómo ha de estar usted! bien, muy bien, encantadora como siempre.

—Y usted, como siempre! galante.

—Que quiere usted, hija, yo soy así con el bello sexo. ¡Qué hermoso está su vestido de usted! lo ví en casa de Coralia, esas bellotas son graciosísimas ha tenido usted una elección brillante: como siempre, hija, como siempre.

—Gracias, Chucho.

Pasó en seguida Chucho á otro grupo y dió la mano á cinco pollas.

—¿Por qué veniste tan tarde? le dijo una en voz baja.

—Me estaba vistiendo.

—¡Jesús! que tocador tan largo.

—Que quieres hija, yo no soy soldado ni pastor, yo estoy acostumbrado á mis comodidades, y luego, como tengo ya tanta ropa, me tardo mucho en elegir, pero no en balde, ¿te parezco bien?

—Eres muy coqueto; oye, cuidado como te vea hablar tanto con Leonor!

—¿Te encelas?

—No, pero no me gusta.

En seguida habló Chucho con una señora casada que estaba en un comedor con su hija pequeña.

A la sazón dos caballeros un poco apartados de la reunión, no habían perdido uno solo de los movimientos de Chucho.

—¿Qué opina usted del Ninfo?

—No es él quien me llama la atención sino las señoras.

—¿Por qué?

—Porque lo aceptan, en lo general, con entusiasmo.

—Yo creo que se burlan de él.

—Está usted en un error, yo creía lo mismo porque es natural creer que la mujer tiene formado otro bello ideal del hombre; pero no así: la mujer tiene sus aberraciones y esta es una de ellas. Ese jóven afeminado no solo es bien recibido, hay algo más.

—¿Es posible?

—Vea usted aquella jóven del vestido color de rosa.

—¿Ernestina?

—Sí, creo que así se llama.

—Y bien?

—Esa jóven está profundamente enamorada del Ninfo.

—Pero bien, es una niña.

—Observe usted aún.

—¿A quién?

—A Mercedes.

—¿La mujer de Carlos?

—Sí.

—¿Sería posible?

—Vea usted qué desgracia!

—Pero si Carlos es todo un hombre y comparado con ese títere.

—Estudie usted y se persuadirá de que tengo razón.

—¿Pero qué clase de atractivo tiene ese jóven?

—Todavía no de usted rienda suelta á su sorpresa, ya le impondré á usted de otras cosas.

Un grupo de pollas se había colocado cerca de un cenador.

—El que más me gusta es Chucho.

—Nadie esta tan bien vestido como él.

—¿Has visto que boca tan preciosa?

—¡Y qué pié!

—¡Y tan elegante!

—¿A Ernestina la enamora?

—Se divierte con ella, á mí me lo dijo.

—Todas dicen que es muy enamorado; pero no es cierto; lo que tiene, es galante.

—Es cierto, á mí me galantea pero no me enamora.

—Conmigo hace lo mismo.

—Pues á mí, no me gusta Chucho, es demasiado pulcro.

—¡Están verdes! dijo una polla cantando.

—¿Verdes? si yo quisiera...

—Ya se ve, como que eres tan bonita.

—No, pero tengo mis razones.

Dos de estas pollas estaban más que en buena disposición para corresponderle á Chucho, y allá en el mundo encantado de sus ensueños de niñas, adivinaban una dicha misteriosa y rara en el amor de aquel pollo tan buen mozo, tan elegante, tan aseado y tan simpático.

En cuanto á Mercedes, debemos decir que en el campo de sus elucubraciones, se cruzaban en tumultoso torbellino ideas que la hacían estremecer.

—¿Porqué ví á ese jóven? Es cierto que casi no más es que un niño, pero ¿por qué me persigue su imágen por todas partes? ¿por que me hace temblar

á pesar mío? Ayer oí decir que es fátuo, que es tonto y aun le tacharon de..... no sé qué..... y esto en vez de alejarlo de mí memoria, lo acerca á mí, porque lo compadezco; es la envidia porque no es brusco y ordinario como los demás. Temo que me venda mi emoción, quiera Dios que no me hable..... no me hablará, se lo tengo prohibido... ¡Ay Dios mío! si lo notaran..... No debí haber venido, porque no me siento con fuezas para aparecer serena ó indiferente, ni siquiera contenta.

—Mercedes, dijo Cárlos, viendo á Merced en el cenador, ¿qué haces aquí tan sola?

—Me parecía que la niña está mal.

—¡Mi hija! ¿qué tienes? preguntó Cárlos á su hija acariciándola.

—Estoy cansada, papá.

—Le hace daño el sol, agregó Mercedes y la traje aquí donde hace menos calor.

Perez estaba allí.

Perez había ido en el coche, con Cárlos y Mercedes.

Perez se había encargado de los abrigos, de las sombrillas y de algunos bultitos que contenían los botines usados de Mercedes y la botella de la bebida de la niña.

Aunque aquel círculo representaba una parte bien encopetada de la sociedad, todos conocían á Perez y Perez conocía á todos los concurrentes y á todos los cocheros.

Perez había cuidado de que se sombrearan los coches, había encontrado lugar para poner abrigos y paraguas, y era un intermediario utilísimo entre los convidados y los anfitriones y aun le sobraba tiempo para tomar parte en las intriguillas de amor.

Cuando vió que Cárlos hablaba con Mercedes se puso en guardia, se acer-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, N. L.

có, fingió andar distraído pero observaba.

En seguida substituyó á Cárlos en el cenador y entró acariciando á la niña.

—Hay novedad? preguntó con disimulo á Mercedes.

—No, está bien; está contento.

—Por Dios! mucho cuidado.

—Que desgraciada soy, Perez!

—Sea usted discreta; no se hablen.

—Dígale usted á Chucho que ni me vea.

—No tenga usted cuidado.

Ácto continuo; Perez hablaba con Chucho que era el único de los hombres que no jugaba á los bolos, pretextando estar enfermo del brazo derecho pero en realidad lo que Chucho evitaba era el quitarse los guantes y descomponerse la ropa con ese ejercicio, para Chucho tan fastidioso, de los bolos.

—Te voy á pedir un favor, Chucho.

—Cuál?

—Que ni la vista le dirijas á Mercedes.

—Ya dijo algo Cárlos?

—No; pero ella está muy aflijida.

—Que tonta! dígale usted que no tenga cuidado, que voy á disimular enamorando á Ernestina.

—Eso es, porque esto de las señoras casadas es muy serio; no te expongas á un lance.

Lo que es por eso ya sabe usted que manejo las armas.

—Ave María Purísima, niño!

—No tenga usted cuidado.

He aquí el efecto que Chucho hacía en la reunión, efecto que Chucho conocía perfectamente y que por lo mismo lo infatuaba más y más.

Para Chucho el mundo era un festín hecho para él; vivía en sí mismo y nada

de lo que le rodeaba dejaba de contemplarlo como hecho para su deleite.

Las amargas censuras de que se apercibía lo enaltecían á sus propios ojos; ser el objeto de una crítica mordaz, era para Chucho un placer de amor propio; jamás pulla alguna dejó de estrellarse en la tranquila convicción de que era hija de la envidia.

Acreditarse de pillo en materias de amor era su aspiración favorita.

—He aquí un Lovelace, dijo un joven á otro, refiriéndose á Chucho.

—Tiene usted fama de terrible, le dijo el otro joven.

—No es para tanto: no me debo quejar de las mujeres, pero en realidad hago lo que todos.

—No; algo más que todos, por ahí hay algunas casaditas...

—Qué quiere usted las mujeres casadas.....

Al hablar de las mujeres casadas no podían referirse los jóvenes más que á Mercedes pero el plural halagó á Chucho y no lo reclamó; y era porque Chucho aspiraba más á que se le atribuyera un amor que á tenerlo.

A este vil precio hirió la honra de muchas mugeres honestas.

